

no le haya. ¡Dirían: es imposible que este Dios sea el verdadero; y pues se nos afirma que no hay otro, sea en buen hora, vivamos entonces como si no hubiera ninguno!

El P. Chastel habla á naturalistas que son racionalistas también, y se esfuerza, por tanto, en convencer á sus adversarios con razones como estas: Puesto que Dios ha colocado al hombre sobre los demás seres creados al darle la vida de la inteligencia, no habría excusa para éste si prefería quedarse entre los seres inferiores, haciendo vida animal en vez de hacerla como ser de razón. Pues bien, tal es el desatino de los naturalistas llamados á la vida sobrenatural de la gracia y de la gloria: en lugar de mostrarse reconocidos por tan alto privilegio, se obstinan con tenacidad malvada en permanecer en la esfera inferior de la razón natural. ¿No es ofender á Dios? ¿No provocan el castigo que han de sufrir? Nada hay, pues, tan justo como la sanción del orden sobrenatural: los racionalistas que mueren fuera de él serán castigados con penas eternas. En vano se preocupan de practicar religiosamente todas las virtudes, creyendo que este ejercicio ha de llevarlos al término de su destino natural; en vano esperan obtener, en recompensa de una conducta imaculada, la felicidad á que los hace acreedores; en vano se dan por satisfechos con una dicha natural; no la tendrán. Si el castigo que los aguarda es imaginario, ya se ve que no es por culpa de los ortodoxos, que piden á todo trance eternos tormentos para castigar á los libres pensadores por no querer creer en lo imaginario. Pero ¿quién les dice que no queremos? No podríamos, aunque quisiéramos. Así, porque la razón que Dios nos ha dado no nos permite creer en lo imaginario, ¿va á castigarnos este mismo Dios con la tortura eterna del infierno? Si los ortodoxos se propusieran predicar el ateísmo, ¿podrían hacer cosa mejor que razonar de este modo?

No concluye todavía lo *imaginario*. En la vía de la ficción, lo que cuesta es dar el primer paso. El P. Chastel no quiere ilusión alguna á la razón. La cree curada ya de la añeja preocupación racionalista de que se puede ser hombre honrado sin tener religión; pero no basta con esto; hay más aún. Todos los hombres se creen obligados á ser religiosos; oyéndolos, resultaría que no hay persona que no tenga religión. Los panteístas mismos hablan de la suya, y proclaman á Spinoza como

un hombre profundamente religioso. Nada de esto es moneda corriente para el jesuita y su orden. Si para ser hombre religioso bastase hablar de Dios con respeto y mostrar hácia él sentimientos de temor ó veneración, ¿qué sería del confesionario? ¿Para qué serviría la compañía de Jesús? Una respuesta hay que dar por de pronto á todas esas gentes que se presumen religiosas, y es perentoria: que no practican la religión católica, que no honran á Dios como debe y quiere ser honrado, que no tienen religión, por lo tanto. Pero hay más. Se jactan de dar á Dios el culto que exige la razón; pues también se engañan sobre este punto. Sin la ayuda del cristianismo, sin la confesión, el ayuno y lo demás, el hombre no es capaz de observar la religión natural, de practicar la ley moral. Ya se ve de seguida la consecuencia: Spinoza y Sócrates no eran católicos; luego no tenían ni moral ni religión. Lo mismo pasa con sus discípulos, aunque sean espiritualistas; todos arderán en el fuego del infierno. ¿Por qué? Porque no han creído en lo imaginario. Tal es su crimen: creer "que bastan al hombre sus fuerzas naturales para realizar la ley de su naturaleza."

Al formular este crimen, raro por cierto, que expiará todo libre pensador en las llamas eternas del infierno, asalta al P. Chastel un escrúpulo; un destello de razón penetra á través de la atmósfera imaginaria en cuyo seno vive. Se pregunta, en efecto, por qué el hombre no halla en su naturaleza los medios suficientes para cumplir el deber que ésta le impone. Es extraño; dice, que esto suceda, pero sucede, en realidad. Pues bien, la razón de tal anomalía, responde luego, está en que la naturaleza humana es débil, viciosa y corrompida. ¿Hay que ser filósofo para verlo? ¿Ó serían los filósofos los únicos que no viesen lo que todo el mundo advierte y observa por experiencia propia? Se pretende, dice el P. Chastel, que los filósofos espiritualistas realizan todas las virtudes propias á la humanidad. Preguntaremos al reverendo padre quién pretende semejante cosa. Los filósofos no, de seguro. No tenemos el honor de contarlos en su número; nos basta con el glorioso título de libres pensadores; pero ¡Dios nos libre de creer que realizamos la perfección humana! Ni aún creemos siquiera que la haya realizado Jesucristo. ¿Cabe perfección en un ser imperfecto? ¿Ó serán por ventura una excepción los cristianos?

Si, responde el P. Chastel, el cristianismo tiene sus santos. Tras una información que se hace completa y concienzuda, sobre sus virtudes y sus menores defectos, sus acciones, sus palabras, el fondo mismo de su corazón, se define con un juicio motivado la plenitud, el heroísmo de sus virtudes. ¿Se someterían á esta información y este juicio los filósofos espiritualistas? pregunta con aire de triunfo nuestro reverendo padre. Si, respondemos sin vacilar. Verdad es que los filósofos no serían beatificados, ni Sócrates mismo; pero tampoco hallamos nosotros á los santos menos imperfectos que á los filósofos. ¿Quién les da la patente de santidad? Hombres imperfectos, ellos mismos juzgan que otros hombres han llegado á la perfección. Hé aquí una nueva forma en las manifestaciones de lo imaginario. La perfección es, ciertamente, la más imaginaria de todas las cosas imaginarias. Lo único que cabe en el hombre es esforzarse por llegar á ella. Y falta saber aún qué perfección es esta de los santos. La de algunos hace pensar en los manicomios. Desenvolver todas sus facultades en la mayor armonía, esa es la perfección del hombre; y en este sentido, ¿no es Sócrates más santo que los Cupertinoos y Labros?

El padre Chastel llega hasta á creer en las virtudes civiles y exteriores de los filósofos; pero tiene sus dudas en cuanto á las virtudes interiores, las que no caen bajo la mirada de los hombres. Dícese que son castos, benéficos, modestos, generosos, sobrios, justos. Si lo fuesen, no sé el motivo para no ser cristianos. ¡Pues si observan casi todos los deberes que la religión les impone! Si los llenasen en realidad, como se dice, ¿qué dificultad ni qué repugnancia podrían hallar en la obligación de ayunar el viénes, oír misa el domingo y participar de los sacramentos de la Iglesia? Si llegasen, de hecho, á dominar sus pasiones más fogosas, á ejercitar las virtudes más delicadas y difíciles, ¿por qué temerían sujetarse á esas prácticas tan fáciles de la religión? ¿Por qué? La querrela eterna entre lo *real* y lo *imaginario*. Los deberes que la religión natural nos impone son los verdaderos y únicos deberes á juicio del padre Chastel, los más difíciles; y ¿quién se atreverá á decir que Sócrates no los ha llenado en el límite de la perfección humana? En cuanto á los deberes tan fáciles que la religión prescribe, mejor dicho, que la Iglesia ha tenido á bien imponer, ¿habrá que decir

á los ortodoxos por qué no los cumplen los libres pensadores? El reverendo padre está tan absorto en lo imaginario, que se imagina que los filósofos reconocen estos deberes ficticios; por eso le cuesta tanto comprender por qué no los observan. Ilusión de un espíritu que se alimenta de lo imaginario. ¡Léjos de admitir que sea un deber para todos el obedecer á las leyes de la Iglesia, negamos á ésta el derecho de imponer leyes á los hombres, y sostenemos que las dicta, no para la salud de los fieles, sino para asegurar y perpetuar su dominación sobre ellos! Someterse á una autoridad imaginaria que domina por el temor de castigos imaginarios, es cosa que no podemos llamar sino baja y desatinada juntamente.

Hay un poder de ilusión, de obcecación mejor dicho, en los ortodoxos, que no se explica sino por el mundo imaginario en que viven. El padre Chastel se empeña, á todo trance, en que reconozcan los racionalistas que la naturaleza humana está viciada por el pecado original, y que esto los obliga á aceptar el orden sobrenatural. En él citan ya, pues, que casi todos han recibido el bautismo. En vano lo negarán; es un *hecho* que en toda alma no bautizada hay una mancha, y que esta mancha la impide ser agradable á Dios. ¡El pecado original un *hecho*! ¡El más increíble de los misterios, lo imaginario en esencia, un *hecho*! ¡Y el que este pecado se lava con unas gotas de agua derramadas sobre la cabeza de un niño recién nacido es también un *hecho*! Y si el niño muere sin estar bautizado, se condena, en el sentido, al menos, de que no entrará en el reino de los cielos. ¡La inocencia condenada! ¡Otro *hecho* también! Y si el niño bautizado llega á hombre y practica todas las virtudes en la medida que es posible á un ser imperfecto, se condena igualmente. ¡Un *hecho* todavía! Todos estos absurdos imaginarios son *hechos*: si la demencia que reina en los manicomios se pusiera á discurrir sobre la salud de los hombres, ¿usaría otro lenguaje? Último rasgo de lo sobrenatural, que no siempre distrae, subleva á veces. El hombre nace pecador, lo creemos, en el sentido de que nace falible é imperfecto. Pero ¿no tiene un Padre en los cielos que le ayuda á levantarse de sus caídas, que perdona, y que si castiga, lo hace aún por amor? Ilusión, dice el padre Chastel. No basta, para borrar una falta y hacerla perdonar, ofrecer á Dios un arrepentimiento sincero. Los

hombres no están obligados siempre á perdonar la ofensa y el castigo; ¿por qué ha de estarlo Dios? Su bondad lo inclina á perdonar, pero su justicia lo desvía. Así, ¡Dios puede rehusar el perdón al arrepentimiento! Hé aquí lo horrible; felizmente es imaginario. ¡Es triste decirlo! El dogma cristiano ciega á los ortodoxos, hasta no dejarlos comprender ni aún sus libros sagrados; presentan testigos que deponen contra ellos. Leemos en la Escritura: "Si el impío abandona su camino y el pecador sus designios de iniquidad, y vuelve al Señor, el Señor le hará misericordia; porque Dios se inclina todo él al perdón." ¿Será ménos compasivo el Dios del Evangelio que el Dios de la Biblia? No es el alma dulce y amorosa de Cristo la que ha imaginado la horrible doctrina de que el hombre, al pecar, ofende á Dios con ofensa infinita, como hecha á un sér infinito, y que el hombre, por tanto, no merece jamás el perdón de Dios. Se necesita el alma seca y despiadada de un teólogo para concebir enormidad semejante.

Sólo el funesto influjo de una teología bárbara explica estas palabras de un discípulo de Cristo, más dignas de un Dios de sangre que de un Dios de caridad: "¡Dios, dice el padre Chastel, puede rehusar una satisfacción igual, superior aún á nuestra falta!". En cambio, el bautismo lava el pecado original en los niños sin el concurso de su voluntad. ¡Hay nada más lógico! El pecado original está impreso en nosotros sin voluntad de nuestra parte; ¿por qué había de ser ésta necesaria para borrarlo? Somos llamados á la vida divina sin saberlo ni quererlo. Esta vida de gracia, principio de la vida de la gloria, nos eleva por cima de la naturaleza humana y de su destino. Unas gotas de agua vertidas sobre nuestra cabeza y acompañadas de una fórmula mágica nos abren el reino de los cielos. Pero la puerta de éstos queda cerrada á los que consagran la vida entera á perfeccionar su inteligencia y su alma. Para unos el paraíso, el infierno para otros. Hé aquí adónde conduce lo sobrenatural en la concepción de nuestro destino, es decir, en la esencia de la religión.

III.

Ansia tenemos de abandonar lo *imaginario*. Si tanto hemos insistido en ello, á pesar del tedio y la repugnancia, ha sido para hacer tocar con el

dado lo que es en realidad lo sobrenatural, que se pretende identificar con la religión misma. Mientras no se sale de vagas generalidades, lo sobrenatural tiene un aire respetable, por lo mismo que se envuelve en misterios; pero cuando se ve adónde lleva realmente, no puede ménos de preguntarse uno cómo los defensores del cristianismo pueden confundir la causa de la religión con la de lo sobrenatural. Si prevaleciese confusión tan funesta, acabaría el cristianismo y aún toda religión. Lo sobrenatural de los dogmas y misterios es harto indiferente á los hombres; no piensan en ello los fieles mucho más que los libres pensadores. Pero cuando se acaba por decirles que no basta ser hombre honrado para salvarse, que aún se necesita la gracia; cuando se quiere persuadirlos de que el bautismo es indispensable para la salud eterna, en términos de que Sócrates, el pagano, estará condenado al fuego eterno, se subleva su conciencia y se dicen á sí mismos que decididamente lo sobrenatural es lo imaginario, peor aún, lo horrible, y que si la religión se identifica con esta monstruosa quimera, no es entonces ella misma sino una mala superstición.

Por dicha hay otro concepto de la religión. Los protestantes avanzados hacen más que llamarse hombres religiosos; practican una religión y pretenden que es la de Cristo. Hay además otra cosa cierta, y es un revelador que todos los partidos, todas las escuelas, liberales y ortodoxos, libres pensadores y creyentes, aclaman como el tipo del sentimiento religioso. Consultemos, pues, á Jesucristo; preguntémosle si hacía consistir la esencia de la religión en lo sobrenatural. Había en su tiempo, como hay hoy, espíritus adheridos al pasado, y que para seguir al Mesías le exigían una señal, un milagro. Y debe confesarse que los fariseos tenían algunas razones para querer que legitimase Jesús su misión con un signo del cielo. En efecto, un carpintero de Nazareth se hacía pasar por el Mesías, diciendo tener una autoridad superior á la de la ley; los guardianes severos de ésta no podían creer fácilmente afirmaciones tan graves. Estaban los fariseos en su derecho al decir á Cristo que hiciese ver por una señal que tenía una misión divina, y que entonces creerían en él. Hé aquí, pues, á Jesucristo colocado en situación de explicarse sobre la importancia que conviene dar á los hechos milagrosos en el dominio de la reli-

gión. Si hubiese creído, como los Judíos, como nuestros ortodoxos, que un milagro sería el testimonio más convincente de su misión y de la verdad de su enseñanza, ¿no habría dado esta señal que se le pedía? Sobre que, según los ortodoxos, ya había hecho más de un milagro cuando los fariseos le exigieron que legitimase su misión haciendo un prodigio; había ya expulsado demonios, caminado sobre el mar, multiplicado los panes. ¿No podía, no debía Jesús decir á los fariseos que su vida toda era un prodigio, y que no tenían más que abrir los ojos para ver de lleno lo sobrenatural?

Pues bien: no fué esta la respuesta de Jesús. El evangelista dice que la exigencia de los Judíos le entristeció mucho, y que declaró bajo juramento que no les sería concedida la señal que pedían. "¿Por qué, exclama, pide señal esta generación? De cierto os digo que no se dará señal á esta generación" (1). ¿Y qué motivo tenía Jesús para rehusar á los Judíos el milagro que le pedían con tal instancia? Si no ven una señal del cielo, mirarán á Jesús como á un falso profeta; pues, á pesar de todo, declara que no dará esta señal. ¿No era decir Jesús bien claramente que á sus ojos el milagro es incapaz de llevar la convicción á los espíritus y disipar sus dudas? ¿No era decir que el prodigio no podía suministrar una prueba de la verdad de su predicación ni dar testimonio de su misión divina? ¿Dónde, pues, hay que buscar tal testimonio? Él mismo lo dice á los Judíos cuando insistieron pidiéndole un milagro; Jesús les respondió: "La generación mala y adulterina demanda señal; mas señal no le será dada, sino la señal de Jonás profeta. Porque como Jonás fué un signo para los Ninivitas, así el Hijo del Hombre será un signo para esta generación. Los hombres de Ninive se levantarán en el día del juicio contra esta generación y la condenarán; porque ellos se convirtieron á la predicación de Jonás, y hé aquí más que Jonás entre vosotros. La reina del Austro se levantará en el día del juicio contra esta generación y la condenará; porque ella vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y hé aquí más que Salomón entre vosotros" (2).

(1) SAN MATEO, VIII, 11 y sig. — SAN MATEO, XVI, 1 y siguientes.

(2) SAN MATEO, VIII, 31-33. — SAN MATEO, XII, 41, 42.

Estas palabras son importantes, y debemos detenemos en su exámen. ¿Qué es este signo de Jonás? ¿En qué sentido es Jesús un signo? ¿Cómo lo fué Jonás para los habitantes de Ninive y Salomón para la reina de Saba? No fué con prodigios con lo que Jonás se hizo escuchar de los Ninivitas como un enviado divino; no fué con milagros con lo que atrajo Salomón á la reina del Mediodía. Jesús nos lo dice: los Ninivitas se convirtieron con la predicación de Jonás, y la sabiduría de Salomón decidió á la reina de Saba. Este signo también es el que Jesús ofrece á los Judíos, y no tendrán otro. La conversión de los corazones, la vida nueva provocada con su enseñanza y el influjo irresistible de su ejemplo: tal es la única prueba que Jesús invoca para su misión. Declara que la revelación que trae á los hombres no necesita de signos milagrosos, pues su verdad se manifiesta directamente al alma humana. Hé aquí por qué Jesús dirige un amargo reproche á los Judíos que no quieren contentarse con este signo y que exigen un milagro: "Esta generación, dice, es generación mala, adúltera." El reproche va dirigido á los ortodoxos que proclaman la religión imposible si no es revelada milagrosamente (1). Aprovechen la lección ellos, ó cuando ménos los espíritus libres de preocupaciones, y no repitan éstos con los ortodoxos que lo sobrenatural es de esencia de la religión.

Por poco que se reflexione, es fácil convencerse de que la creencia en los milagros deriva de un falso concepto de Dios. Crea el mundo; reposa luego de su obra, y no interviene en ella sino cuando es preciso suspender las leyes que ha dado á la naturaleza. En esta revelación brusca, inesperada, sin enlace con la cadena ordinaria de los hechos, es donde se pretende ver un testimonio de la acción personal y libre que Dios ejerce sobre el mundo y una prueba de la verdad que descubre á los hombres. Semejante concepción es de la humanidad en su infancia. Sin duda, Dios es un sér personal, conscio, vivo; pero no está separado del mundo, le es immanente, como ya comprendía San Pablo; es decir, que el mundo y nosotros no vivimos fuera de Dios, sino en él. Dios es la fuente de la vida; todo lo que no se hallase sumergido en este océano de vida estaría muerto, así como todo

(1) SAN MATEO, XII, 39. — *Le Disciple de Jésus-Christ*, revue du protestantisme au dix-neuvième siècle, 1865, t. 1, p. 570-581.